raban de salir del recinto parisiense. El entusiasmo se comunicaba de puerta en puerta y de abajo à arriba; vióse á los propietarios de calesas llamar á su lado á los obreros de brazos desnudos y manos callosas, ó si la edad les impedia lanzarse á los eventos de aquella espedicion guerrera, ceder el puesto á los hombres del pueblo, sentándolos en los blandos cojines de suntuosos carruages.

Mas de quince mil hombres se pusieron así en marcha para Rambouillet, sin dinero, sin víveres, atravesando un camino agotado por el tránsito de las tropas reales; y vióse á generales esperimentados ponerse á la cabeza de aquella espedicion improvisada, sin pasaporte, sin uniforme, sin otra insignia de mando que las charreteras de cónsul de Austria prestadas por un banquero célebre.

No dirémos que esa espuma, pero sí ese musgo de la revolucion de Julio, atravesó por Versalles, donde pidió cien mil raciones de pan, pasó por S. Ciro, de donde se sacó ocho piezas de artillería, llegó á Trappes, donde la retaguardia incesantemente engrosada, recibió el refuerzo de los voluntarios de Rouen, y acampó en fin sobre el camino, junto á Coignéres, en un llano donde algunos cañones y un regimiento de caballería podian hacerla pedazos y dispersarla, pues no tenia mas defensa que su vanguardia y una trinchera de coches de alquiler y birlochos.

¿Qué se hacia entre tanto en el castillo de Rambouillet? El terror dominaba allí á la adhesion. Pocos hombres fieles eran de opinion que se hiciese frente á la tempestad; los indecisos proponian una retirada sobre el Loire para decidirse por ó contra la monarquía, segun que la Vendée se mostrase mas ó ménos deseosa de recomenzar su pasado; el mayor número en fin, opinaba por una pronta fuga. La insurreccion, se decia, gana los campos, los parisienses ven á cada instante engrosarse sus filas; la espedicion forma una cola que llega hasta Paris, donde se continuará y empujará á los que sigan, conforme vayais atacando su cabeza.... Dispersaréis las primeras filas; pero sus restos sucesivos estenderán sus alas, se reunirán, acabarán por envolveros, y entónces no alcanzareis piedad ni gracia de esos hombres cuyo furor lo habrá provocado vuestra resistencia inoportuna é inútil. Ah! se esclamaba con simulada fidelidad: «Salvad, salvad la esperanza suprema de la monarquìa, conservad para mejor tiempo al último vástago de tantos reyes."

—Pero y Carlos X, y el duque de Angulema, y las dos duquesas?....

—Estaban encerrados en el castillo, invisibles para las masas, accesibles solo á algunos privilegiados, muchos de los cuales trataban ya con el lugarteniente general.

Un voluntario parisiense se adelantó atrevidamente á plantar una bandera tricolor á algunos pasos de un peloton real que llevaba escarapela blanca. Un general hizo responder à este acto de temeridad por una descarga de fusil; el voluntario cayó herido de una pierna: llevado al castillo se le prodigó la mas eficaz asistencia. El mismo general quiso tomar la ofensiva; pero otro general vino de parte del rey á contener toda manifestacion hostil: el voluntario parisiense fué el último herido de la revolucion de Julio; su sangre fué la única que corrió en aquella espedicion imprudente de una ciudad ecsaltada que se esponia à perder el fruto de su victoria de tres dias.

En el parque de Rambouillet, en la grande avenida, se leyó á los soldados la carta de Carlos X al duque de Orleans; de fila en fila se decia que el nuevo rey recompensaria la fidelidad.... ¿Y cual era este nuevo rey que debia mostrarse reconocido?—Enrique V.—Pero luego que los cuatro comisionados parisienses volvieron á presentarse y que se notó su grave actitud y su palabra severa, se disipó aquella última ilusion.

—"Qué me quereis, señores? dijo Carlos X. Todo está arreglado ya con *mi* lugarteniente general.

—"El es quien nos envia para suplicaros se eviten las consecuencias de un ataque furioso.

—"Y qué debo hacer?

—"Partir.

—"Yo solo?....

—"Vos y los vuestros.

—"Pero yo he reservado formalmente los derechos del duque de Burdeos por la acta de abdicacion.

—"Un trono no es sólido cuando se levanta por medio de la sangre.

—"Veis que aun tengo doce mil hombres para sostenerlo.

—"Están desmoralizados, y ademas, qué harian contra los sesenta mil llenos de entusiasmo que amenazan à Rambouillet?

—"Pues qué, es verdad que el ejército parisiense se compone de sesenta mil hombres?

—"Sí, señor....

Y el rey ordenó la partida....y desde aquel momento ya no hubo rey."

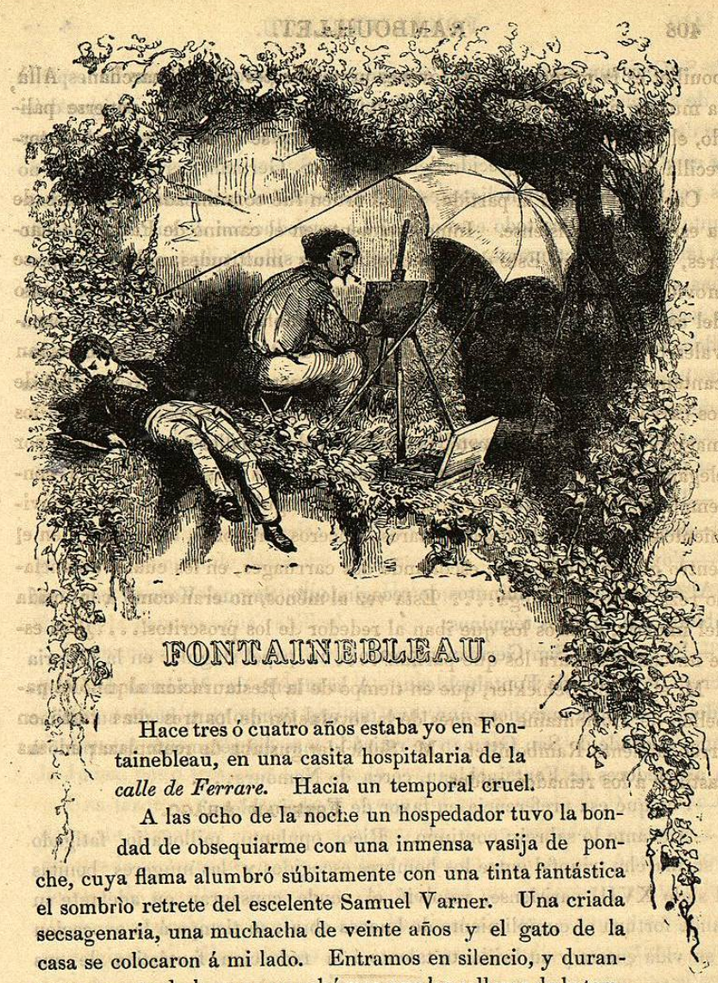
Entónces que, segun las leyes de las monarquías se habria podido, con quince años de intervalo, reservar al rey de Roma y al duque de Burdeos para el trono hereditario, se vieron estas dos débiles criaturas envueltas en la ruina de sus familias; y Rambouillet fué el teatro en que se cumplió dos veces y de la misma manera la ley de la fatalidad. Allí se desvaneció la esperanza de dos regencias; allì se vinieron abajo dos reinados. San Dionisio es la última plaza de los viejos reyes que mueren. Ram-

bouillet es la primera de los jóvenes pretendientes que se marchan. Allà la muerte; acá el destierro!.... Luis XIV no podia ver sin ponerse pálido, el campanario de S. Dionisio.... Qué rey se atreverá á mirar la torrecilla de Rambouillet?

Carlos X ordenó la partida, y esta órden fué comunicada á los gefes de la espedicion parisiense. Inmediatamente en el camino de Paris á Chartres, al Oeste y al Este de Rambouillet, dos multitudes aglomeradas se movieron, se pusieron en marcha, é hicieron volar delante de sì el polvo del camino. Mirad al Este esa comitiva triunfal y de un aspecto carnavalesco: masas de hombres de toda edad y de todos trages, que caminan cantando, fraternalmente abrazados; otros amontonados dentro y arriba de los carruages de alquiler; otros, en fin, vestidos de obreros que van en los magníficos trenes de la corte, tirados por ocho caballos y conducidos por elegantes lacayos que llevan en las manos riendas de seda. Y ahora, contemplad al Oriente á esa comitiva fúnebre, regular todavía en sus movimientos: cazadores de línea, húsares, lanceros, dragones, artilleros, y en el centro guardias de corps, escoltando dos carruages, en los cuales un anciano reza y un niño juega.... Esta vez al ménos, no eran como á la caida del imperio, cosacos los que iban al rededor de los proscritos!....¿Era este un consuelo para los que partian?....

M. el baron Schickler, que en tiempo de la Restauracion alquiló el pabellon de Morfontaine, despues de la revolucion de los tres dias tomó en arrendamiento Rambouillet. M. Schickler gustaba de reemplazar en sus castillos á los reinados caidos.

ESTEVAN ARAGO.



FONTAINEBLEAU.

Hace tres ó cuatro años estaba yo en Fontainebleau, en una casita hospitalaria de la *calle de Ferrare.* Hacia un temporal cruel.

A las ocho de la noche un hospedador tuvo la bondad de obsequiarme con una inmensa vasija de ponche, cuya flama alumbró súbitamente con una tinta fantástica el sombrìo retrete del escelente Samuel Varner. Una criada secsagenaria, una muchacha de veinte años y el gato de la casa se colocaron á mi lado. Entramos en silencio, y durante un cuarto de hora no escuché mas que los sollozos de la tempestad, los gritos ahogados del viento que soplaba en los árboles y se introducia en los matorrales para escaparse despues y subir á mi oído formando una espiral de notas cantadas. A las últimas notas, á los últimos suspiros melodiosos de aquella orquesta invisible, mi huésped pareció recogerse un instante; miró no sé qué retrato de familia que se fastidiaba sobre una puerta, y á poco, fiel à su promesa, M. Samuel Varner se puso á hablarme de su *amigo de otro tiempo,* el famoso conde de San German.

—Señor, me dijo, esa biblioteca tan rica, tan opulenta, que habeis admirado en mi pequeña sala de trabajo, pertenecia en 1784 á M. el conde